

XXII Domingo del Tiempo Ordinario, Ciclo C

LA HUMILDAD SURGE DE LA GRATITUD

Presbítero Emilio Betancur Múnera

Director Pastoral Social Medellín

La primera lectura está tomada de un libro de instrucción y sabiduría, cuyo autor se llama así mismo "hijo de (Ben) Sirá" (Sab 50,27). De ahí que el libro se ha llamado el libro de Sirá, o el libro de la sabiduría. Esta "instrucción" y "sabiduría" no es especulación teórica; mejor, guía para el diario vivir en el fin de hacer de la vida algo fructífero y ordenado.

En este diario espiritual Ben Sirá ha resumido los frutos de su experiencia y su meditación en la Palabra de Dios. Sus reflexiones son temáticas. No tienen una lógica por tratarse del género de "colección", estilo los pensamientos de Pascal. Aquí los pensamientos son sobre "la humildad".

La humildad es una actitud filial; por ello al autor llama a su interlocutor "mi hijo" para que ponga cuidado a los consejos del padre: "Hijo mío, en tus asuntos procede con humildad y te querrán más que al hombre generoso" (primera lectura). El humilde es más querido que un buen benefactor.

El humilde cuenta siempre con la cercanía de Dios. "Hazte pequeño en las grandezas humanas y alcanzarás el favor de Dios; porque es grande la misericordia de Dios, y revela sus secretos a los humildes" (primera lectura). Recordemos que el Magníficat de María fue en la nueva Alianza el agradecimiento de todos los humildes para darle gloria a Dios.

El orgulloso, cínico, por el contrario, no tiene remedio de esperanza de sanación, es "brote de mala planta". En el último versículo se elogia "al sabio porque aprecia las sentencias de los maestros; y su oído atento a la sabiduría se alegrará". A esta tradición pertenece María, la hermana de Marta sentada a los pies del Señor para oír su Palabra. De ella dijo Jesús que había escogido la mejor parte. Pertenece también María la madre de Jesús "quien atesoraba todo cuanto oía de Jesús y lo reflejaba en su corazón". En María bendijo Jesús a todos los que escuchan la Palabra de Dios y la ponen en práctica.

Es absolutamente necesaria la humildad en el sentido de tener abierto el oído para escuchar los consejos, las experiencias, los mandamientos, y en primer término la fe, que entra por el oído, por la sutileza de la meditación. El orgullo, por el contrario, cree comprenderlo todo con su razón. La razón le cierra los oídos. Ha olvidado que si una casa cierra sus ventanas, el sol no puede entrar. El orgulloso no puede ser humilde porque la razón del mal está en él. El orgulloso tiene un mal

incurable porque está “lleno de sí mismo” y así idonde tiene cabida Dios! ¿cómo entrar?

HUMILDES PORQUE SOMOS “HUMUS”

En este contexto la parábola del fariseo y el publicano (Lc 18) tiene un eco especial, porque dentro de la palabra humildad él encuentra su “humus” (tierra). El humilde tiene los pies en tierra porque se reconoce pequeño; él sabe que todo cuanto tiene viene de Dios; por ello, sólo cuenta con Dios. El humilde se alegra de recibir dones y perdones de Dios: “Toda sabiduría (humildad) viene de Dios y en Él mora para siempre”. “Yo te bendigo Padre Señor de cielo y tierra porque has ocultado estas cosas a los sabios y a los inteligentes y las has revelado a los más sencillos” (Mt 11,25; Lc 10,21).

La experiencia del “Siervo de Yahveh es una experiencia de humildad”. “El Señor me ha instruido para que yo consuele a los cansados con palabras de aliento. Todas las mañanas me hace estar atento para que escuche dócilmente. El Señor me ha dado entendimiento, y yo no me he resistido ni le he vuelto las espaldas” (Is 50,4-5).

El Salmo responsorial reitera que fue Dios, en su bondad, quien hizo un hogar para el pobre: “los justos se alegran, gozan en la presencia de Dios... Padre de huérfanos, protector de viudas. Dios vive en su santa morada. Dios prepara casa a los desvalidos, libera a los cautivos y los enriquece... tu rebaño habitó en la tierra que tu bondad, oh Dios, preparó para los pobres” (Sal 68(67)).

La última parte de la Carta a los Hebreos (segunda lectura) son palabras de exhortación, comparando la situación anterior con la presente: “Hermanos: Vosotros no os habéis acercado a un monte tangible, a un fuego encendido, a densos nubarrones, a la tormenta, al sonido de la trompeta; ni habéis oído aquella voz que el pueblo, al oírla, pidió que no les siguiera hablando. Vosotros os habéis acercado al monte de Sión, ciudad del Dios vivo, Jerusalén del cielo, a millares de ángeles en fiesta, a la asamblea de los primogénitos inscritos en el cielo, a Dios, juez de todos, a las almas de los justos que han llegado a su destino y al Mediador de la nueva alianza, Jesús.”.

Antes fue la revelación en el Sinaí, donde y cuando la revelación de Dios fue muy restringida. Con Jesús las relaciones son muy fáciles, no hay que encarar nada aterrador y en “la Ciudad de Dios vivo” no hay límites imposibles. “Ven, acércate” es un llamado a perder el miedo.

UNA BODA HECHA PARÁBOLA

¿Es esta una parábola o un ejemplo de la literatura de proverbios que da reglas de comportamiento? En este caso, debemos asumir que una parte de la sabiduría práctica encontró su camino en el registro evangélico. Si esta es una parábola, Jesús toma nota con una gentil ironía de los esquemas de la ambición social (vs. 15), y utiliza toda esta escena humana para enseñar por contraste los estándares del banquete mesiánico.

En este caso tenemos una parábola estupenda. Una fiesta de matrimonio es una ocasión formal; un anfitrión debe tener cuidado para atender los huéspedes según su cargo social. Así en una boda, como entonces, la ambición social es más evidente. “El rabí Simeón ben Shetach, que cuando fue enviado a cenar por el rey Janneus, se ubicó entre el rey y la reina, diciendo, “exalta la sabiduría y ella se exaltará, y hará campo para sentarse entre los príncipes”.

LA SENCILLEZ NO HABLA DE HUMILDAD

En el evangelio de Lucas se encuentra con frecuencia a Jesús participando de una comida: en casa de Simón el Fariseo (7,36), en casa de Marta y María (10,38), de nuevo en casa de un fariseo (11,37), en casa de Zaqueo (19), la cena pascual (22). Quizás por esa costumbre algunos pensaban de él: “vino este hombre, que come, bebe y dicen: miren que comelón y bebedor, amigo de recaudadores y pecadores. Pero la sensatez se acredita por sus discípulos” (7,34).

En las tres comidas con los fariseos siempre hay desacuerdos: una mujer que Él pone como ejemplo y no lavarse las manos antes de comer. Fue al salir de una comida cuando los letrados y fariseos se pusieron a atacarlo violentamente y hacerle preguntas insidiosas para atraparle con sus palabras (Lc 11,53).

El texto que leemos hoy cuenta la tercera comida en casa de un fariseo. Después del servicio de la Sinagoga lo invitan para que con los fariseos y doctores de la ley, comparta la cena. “Un día sábado entró Jesús en casa de uno de los principales fariseos para comer, y ellos le estaban espiando”.

Jesús cae en cuenta como los otros invitados escogen los mejores puestos. Eso es normal por tratarse de gente notable y de los fariseos que siempre codiciaban los honores. No jugaban a la humildad quedándose en un segundo lugar para que luego los llamaran a sentarse más arriba. La sencillez no tiene pretextos ni habla con tono de humildad. No oculta otras virtudes sino que se esconde ella misma, no baja los ojos sin antes humillar el corazón; desea lo último si en realidad lo quiere y acepta, pero no finge.

La urbanidad está muy de acuerdo con la humildad porque nos exige dar el sitio de prioridad a quienes por su iniciativa no lo tomarían. Lucas recuerda este episodio de

Jesús no por el protocolo sino por otro significado. En el fariseo, Jesús estaba sanando todos nuestros sufrimientos racionales y poco razonables frente a la verdad de la humildad. Es la idolatría de la razón la que nos impide abrirnos a la Palabra.

Quien proclama este Evangelio ha tenido en su persona el cumplimiento. Fue Jesús quien "se humilló" siendo obediente hasta la muerte, y muerte de Cruz. Por esto, Dios lo exaltó con grandeza" (Fil 2,8-9).

Con razón San Agustín, cuya fiesta celebramos ayer, habló de la humildad como un signo de Jesús que les permite a los cristianos reconocer la humildad como un sacramento. Recordemos que después de lavarles los pies a los discípulos en la última Cena, Jesús les pidió que siguieran su ejemplo "les he dado ejemplo para que hagan lo mismo que yo he hecho con ustedes" (Jn 13,15). Jesús no sólo dice que sigamos su ejemplo; Él actúa así para que nosotros hagamos lo mismo. Charles de Foucauld decía que Jesús había ocupado el último puesto tan bien, que nadie pudo quitárselo.

LA SUFICIENCIA

Los libros de piedad presentan listas de virtudes, pero sólo hay una virtud: el humilde reconocimiento de Dios. Los devocionarios dan lista de los mayores pecados, pero sólo hay un pecado: la autosuficiencia, nuestro intento de ponernos en el centro del mundo. La humildad surge de la gratitud: cuando Dios nos ha dado tanto, ¿por qué creerse digno del sitio más destacado de la mesa? La humildad surge del reconocimiento: ¿cómo puede un pecador presumir para acercarse a Dios? La humildad viene del reconocimiento de los pecados perdonados: ¿qué más podría pedir un hombre? Tal humildad la honra Dios. Nadie se sorprende más que el humilde cuando le llaman por un cercano favor de Dios. Dante oyó cantar en el Paraíso: "Benditos los pobres de espíritu". Los que cantaban, siendo humildes, sin duda no entienden por qué merecían el cielo. Dios es el anfitrión; este hecho hace la parábola. Él tiene su propio estándar de juicio, Jesús es la prueba.

Ese hombre arrepentido de sus pecados ¿por qué debería estar en la cabeza de la mesa? Porque en el banquete mesiánico en el Reino de Dios no se desprecia un corazón contrito y humillado.

A QUIEN NO INVITAR O INVITAR

Los cuatro grupos primero mencionados (amigos, familia inmediata, relacionados, vecinos influyentes) podrían todos repetir la invitación. Los cuatro grupos

recomendados que rara vez había recibido (los pobres, los mutilados, los discapacitados, los ciegos) no lo podrían recompensar; porque los pobres no tienen dinero para hacer un banquete, y los otros son demasiado débiles. Al lado, estos últimos pueden haber sido considerados como pecadores, porque los judíos estaban prontos a reconocer la enfermedad como un resultado de la iniquidad. Nehemías dice, "come lo mejor, y bebe el dulce vino, y envíales porciones a quienes nada les tienes preparado" (Neh. 8,10), porque esta remota caridad es un lejano retrato de la amistad que aquí pide Jesús.

Atender el primer grupo es agradable y productivo, bajos motivos; atender el segundo grupo es compasión, un motivo alto. Atender el primer grupo es fijar su propio círculo de amigos como centro de todo, motivo egoísta; atender el segundo es recordar que Dios ve la humanidad como una sola familia y que Jesús va más rápidamente hacia los más necesitados, un motivo alto. Dar la bienvenida al primer grupo es buscar una rápida recompensa, motivo terrenal; darle la bienvenida al segundo es confiar en el favor último del cielo, motivo de fe. En este aspecto, como siempre, Dios mira el corazón no las apariencias o razones sociales.

¿CUÁNDO NOS PAGARÁN?

"El pago es cuando resuciten los justos"

La anterior afirmación no quiere decir que los injustos no resucitarán. Habla de la bendición de los justos; porque la recompensa es celestial en su naturaleza. El que los pobres no puedan pagar, nos pone en amistad con Dios, "quien hace salir el sol para los buenos y los malos" (Mt 5,45); y nos hace huéspedes de Jesús; quien comió con "publicanos y pecadores" (5,30).